

¿Yo resucitaré con esta carne que voy á deshonrar, y la he de presentar á Jesucristo y á sus ángeles, señalada aún con las vergonzosas manchas de mis iniquidades? ¡Oh! si todo hubiera de morir conmigo, bien pudiera permitirlo todo á mis corrompidos deseos; pero el impío tambien ha de resucitar como el justo; la fatal trompeta despertará, sin excepcion, á todos los que descansan bajo el imperio de la muerte; será preciso volver á parecer en el teatro á vista de todo el universo, y ver revivir las obras de tinieblas que yo tenia por sepultadas en un eterno olvido. ¿Es posible que la vergüenza de la accion que voy á cometer se me ha de echar en cara por toda la eternidad? ¿ni los siglos, ni los años, ni los tormentos no han de borrar jamás esta vergonzosa circunstancia de mi vida? Un deleite tan rápido que apenas le gusto cuando ya no existe, y que al tiempo de gustarle me disputo á mí mismo su falsa dulzura, con remordimientos é inquietudes interiores, ¿este instante fugitivo se ha de escribir en el libro de las venganzas del Señor con caractéres inmortales? ¿se ha de sellar en los tesoros de la divina indignacion, y ha de durar tanto como la justicia del mismo Dios? ¡Ah, Señor! pues mis acciones, mis palabras, mis pensamientos, mis deseos han de vivir en vuestra presencia los años eternos, confortad mi flaqueza y haced que mi corazon entienda que un cristiano no debe permitirse á sí mismo cosa alguna que no sea digna de la eternidad.

En segundo lugar, la resurreccion de Jesucristo consuela nuestra esperanza. Porque, católicos, si la piedad tiene sus consuelos, tambien tiene sus amarguras, y los eternos combates en que es preciso pelear contra sí mismo ó contra casi todos los objetos que nos rodean, son sus espinas y violencias; la virtud no se conserva sino con continuos sa-

crificios, y si aflojais una sola vez estais perdidos. Las pasiones parece que renacen de su propia ruina; creéis haber resistido hasta derramar sangre y conseguido la victoria cuando ya es preciso volver al combate; nos cansamos, pues, de estar en continua guerra con nosotros mismos y de traer en nuestro interior un reino siempre dividido. Naturalmente nos inclinamos á contentar nuestros deseos y á gozar tranquilamente de nosotros mismos, y este es el mas comun principio de nuestras caidas.

En medio, pues, de tan peligrosas pruebas nada alienta ni consuela tanto al alma fiel como la esperanza de la resurreccion. Sabe que este cuerpo de pecado que la oprime, será muy presto, conforme á la semejanza del de Jesucristo, glorioso y resucitado. De este modo en vez de abatirse con el peso de su carne, conoce que se acerca su libertad. Cuanto mas la oprime el ángel de Satanás, mas se aumenta su deseo de librarse de este cuerpo de muerte; cuanto mas siente el aguijon del pecado, mas desea su dissolution y reunirse con Cristo; en su flaqueza halla una nueva fuerza, sus tentaciones llevan consigo el remedio, y todos los movimientos que la avisan del principio de su corrupcion, la consuelan con las esperanzas de la inmortalidad que la ha de libertar de todas sus miserias.

En las tribulaciones que suceden al justo por parte de las criaturas, ninguna hay que no suavice esta esperanza. Job en su muladar ve con serenidad caerse su cuerpo á pedazos.¹ Yo sé, dice, que vive mi Redentor, que he de resucitar de la tierra en el último dia, y veré á mi Dios y mi Salvador con esta misma carne, de la que los gusanos y la corrupcion han hecho ya un cadáver. Esta suave espe-

¹ Job. 19. v. 25. 26.

ranza está oculta en mi pecho,¹ y no necesita de mas para consolar todo el rigor de sus penas: *Reposita est hæc spes mea in sinu meo.* Nosotros nos regocijamos en las tribulaciones, decian los primeros fieles, porque esperamos á Jesucristo de lo alto del cielo, que reformará la bajeza de nuestro cuerpo, para hacerle semejante á la gloria y á la claridad del suyo, y nuestra esperanza es cierta. Con esta esperanza nos maldicen y bendecimos, nos cargan de cadenas y estamos libres, nos pisan y no somos abatidos, y siempre tenemos levantada nuestra cabeza para ver nuestra libertad que se acerca. De este modo hablaban antiguamente, por boca del apóstol, los fieles oprimidos, perseguidos, desterrados, y cuando los llevaban á las cárceles y á los suplicios, no habia tormentos, por terribles que fuesen, que no les pareciesen suaves, contemplando la bienaventurada esperanza.

Por eso, católicos, continuamente creian ver llegar á Jesucristo desde lo alto de los aires; creian que cada dia era el deseado de su venida; pero esto era un error de amor. Siempre nos parece que llega lo que con ansia deseamos; los apóstoles necesitaban de toda su autoridad para calmar en este particular la viva impaciencia de estos santos discípulos. El mismo Jesucristo tuvo por conveniente precaver los lazos que podrian poner algun dia sobre este asunto á la viveza de sus deseos y á su credulidad, advirtiéndoles que no diesen fácilmente crédito á los que vendrian á anunciarlos su venida: *Nolite credere.*² Por eso en medio de los tormentos desafiaban con una santa valentía á la barbaridad de las tiranos: Bien podreis despezar nuestros

1 Ibid. 27.

2 Matth. 24. v. 23.

cuerpos, les decian; pero el que mira desde el cielo la constancia de nuestra confesion nos los volverá mas gloriosos y resplandecientes; las crueles heridas con que desfigurais nuestros miembros se mudarán en rayos de luz, y vuestra inhumanidad aumentará nuestra gloria: este era el espíritu de aquellos felices siglos; aun no habia la falsa doctrina privado á la virtud de estos divinos consuelos, aun no estaba cerrado á los fieles el seno de la gloria para hacerlos mas dignos de ella, aun no se habia formado la monstruosa perfeccion de ser indiferente á las promesas de la fe para conseguirlas con mas seguridad, y hubiera horrorizado entonces el pensar que la salvacion pudiera ser el horrible fruto de la desesperacion ó de la indiferencia en punto de la salud eterna; la bienaventurada esperanza era entonces toda la piedad y toda la perfeccion de los fieles.

A la verdad que seria digno de compasion el justo si no hubiera para él otra esperanza mas que la de esta vida. Si Jesucristo no resucitó, decia en otro tiempo el apóstol, y solamente esperamos en él para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres. *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.*¹ Esta es la suerte del cristiano. El Evangelio, en algun sentido, forma desgraciados segun el mundo; sus máximas son tristes y no prometen cosa que sea agradable acá en la tierra, y si despues de esta vida no hay que esperar, no hay cosa que iguale á la desgracia de un discípulo de Jesucristo. Supuesta, pues, esta indubitable verdad, vosotros, amados oyentes míos, podeis decidir acerca de vosotros mismos, para conocer si sois discípulos de Jesucristo ó hijos del siglo, y por consiguiente de muerte y

1 1. Corint. 15. v. 19.

perdicion; la regla es segura. Pero aunque no hubiera resurreccion que esperar, seríais dignos de lástima. Cuando no esperais mas que una eterna aniquilacion despues de esta vida, ¿os haceis acaso, mientras dura, la suficiente violencia? ¿cuidais como debeis de vosotros mismos? ¿mortificais suficientemente vuestros deseos? ¿crucificais vuestras carnes? ¿sufris los desprecios é injurias? ¿huís de los placeres? ¿vivís separados del mundo? ¿velais sobre vuestros sentidos? ¿estais desprendidos de la gloria de los bienes perecederos, como el apóstol, para decir con él: Si no esperamos en Jesucristo mas que para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres? Pero viviendo como vivís, aun cuando la religion fuera un sueño, ¿qué perderíais en ella? ¿Cuando todo lo que nos dicen de la resurreccion futura y de las promesas de la fe fueran fábulas, ¿qué engaño podíais padecer en vuestras medidas? Cuando todo muriera con vosotros, ¿tendríais motivo para arrepentiros al tiempo de morir de no haberos formado vuestra felicidad en la vida presente, para quejaros de los deleites de que os habíais privado, de los sacrificios, de las violencias, de las austeridades, de las mortificaciones que habíais sufrido por una eternidad y por una felicidad quimérica? Si os dijeran que la fe de los cristianos es una invencion humana, ¿tendríais mucho que mudar en vuestras costumbres, en vuestros proyectos, en vuestros negocios y en toda vuestra conducta? ¡Ah! los primeros fieles podian muy bien decir que si Jesucristo no habia resucitado, todo lo habian perdido. Unos infelices que todo lo sacrificaban á esta esperanza, que sufrían el hambre, la sed, la desnudez, el destierro, la infamia, la pérdida de los bienes y de la vida por agradarle y por la sola esperanza de gozar de él algun

dia: *Tantum ut Christo fruatur.*¹ Unos hombres que no tenían consuelo alguno en la tierra, que no se atrevían á disfrutar de los mas leves deleites, y que miraban la vida presente como un destierro y como un valle de lágrimas, estos hombres podian asegurar que si no habia de haber resurreccion, no habia en la tierra cosa alguna que pudiese igualar á su desgracia. Pero vosotros á quienes nada cuesta el creer en Jesucristo, que no sacrificais á sus promesas ni deleites, ni gustos, ni superfluidades, ni inclinaciones; vosotros, que bajo el Evangelio vivís con tanta tranquilidad, con tanta conveniencia, con tanta delicadeza y aun acaso tan licenciosamente como se vive entre las naciones infieles, donde no se conoce su nombre, ¿qué os importa que haya ó no resucitado? La falsedad ó verdad de sus promesas nada muda á vuestra suerte, y por eso no sois cristianos; no perteneceis á Jesucristo y no teneis derecho á su esperanza.

Y ved aquí, por último, cómo la resurreccion de Jesucristo no solamente asegura y consuela, sino que tambien corrige nuestra esperanza, proponiéndonos los medios que solamente nos dan derecho para esperar, dándonos á entender que no es posible buscar la felicidad en la tierra y esperar en Jesucristo, y que el fiel que nada padece acá, nada debe esperar en lo futuro.

Pero no solamente corrige por este camino nuestra esperanza la resurreccion de Jesucristo. Una de las causas mas comunes de nuestras recaidas, despues de esta solemnidad, es el persuadirnos que es fácil el volver á la gracia, y así esperamos contra la esperanza; el misterio, pues, de la resurreccion de Jesucristo corrige este error tan comun

1 Ign.

y tan peligroso, porque el beneficio de la resurreccion fué en él el premio del mas doloroso sacrificio; no mereció el libertarse del sepulcro sino habiéndose hecho el hombre de dolores; la resurreccion, pues, de Jesucristo es el modelo de la nuestra, esto es, que si recaemos será preciso pasar por unas terribles pruebas para llegar á la renovacion de la penitencia. Si yo recaigo, ¡oh Dios mio! ¡qué caro me ha de costar este rápido y frívolo deleite! ¡qué cáliz he de beber para recobrar la vida y la inocencia que voy á perder! Ya sé, bien á mi costa, lo mucho que cuesta el volverse á Dios cuando ha habido la desgracia de separarse de él, y lo terribles que son para el alma los principios de una conversion, y despues de la recaída, ¿costaria menos trabajo esta empresa? Al contrario, mis malas inclinaciones serán mas difíciles de vencer; mis cadenas se habrán fortificado, se habrán entibiado mis flacos deseos de salvacion, tendré mas temor á la vista del público por las desigualdades de mi conducta; en todo habrá que hacer nuevos esfuerzos, todo me será mas molesto y penoso. Pues si el dar el primer paso me costó tanto trabajo cuando todo parecia que se me facilitaba, ¿cómo he de contar con seguridad con el segundo, cuando todo me ofrecerá nuevos obstáculos? De este modo se confirma en la perseverancia una alma fiel.

Poro por otra parte, ¿se os concederá acaso la gracia de una segunda penitencia? Segunda razon que se deduce de este misterio. ¿Sabeis bien lo que es la gracia de la conversion, aquella gracia que nos hace pasar de la muerte del pecado, á la vida y á la resurreccion de la justicia? Oid al apóstol que os lo enseña: La misma virtud sobreeminente de Dios, dice, que ha obrado en Jesucristo para sacarle de entre los muertos, debe obrar en nosotros para

sacarnos de los caminos de la muerte y de la perdicion, y para restituirnos á la vida de la gracia: es decir, que la resurreccion espiritual del pecador es una obra tan grande para Dios, como la resurreccion corporal de Jesucristo; que aquí es igual el milagro; que tiene necesidad de una virtud tan sublime para lo uno como para lo otro, y que si se halla alguna diferencia, consiste en que resucitando á su Hijo manda á la muerte y es obedecido, y la muerte, que oye su voz, no resiste á sus órdenes; pero cuando resucita al pecador manda á un corazon corrompido, y este corazon se opone, y este corazon, ó no quiere oirle, ó aun despues de haberle oido, resiste á sus órdenes y aparta la mano que viene á sacarle del sepulcro y de las sombras de la muerte. ¿Teneis, pues, derecho para esperar de él otra vez un favor tan distinguido? ¿os podreis fiar en que ha de obrar dos veces por vosotros un prodigio que solo obró una vez en favor de su Hijo? ¿quién sois vos para prometeros temerariamente unos efectos tan milagrosos del divino poder? Entre todas las gracias la de la conversion es la mas rara; ¿y vosotros la mirais como un favor cotidiano? ¿qué sabeis si el Señor, despues de haber hecho resplandecer una vez en vosotros las maravillas de su misericordia, rompiendo las cadenas de la muerte y del pecado que ataban vuestra alma, y haciéndoos revivir con Jesucristo, resucitándoos á una nueva vida, manifestará en lo sucesivo en vosotros la severidad de su justicia, entregándoos para siempre á los deseos de vuestras locas pasiones? Es verdad que leemos en los libros santos que Lázaro, que la hija de Jairo, que el jóven de Naim fueron resucitados; pero no leemos que se les concediese dos veces este beneficio; la segunda muerte fué para ellos la última, y en esta imágen se nos quie-

re dar á entender que el milagro de una segunda resurreccion rara vez se concede á un pecador.

Consevemos, pues, preciosamente, católicos, un tesoro tan difícil de recobrar, si es que hemos tenido la felicidad de resucitar con Jesucristo en la participacion de los santos misterios. ¡Ah! si conociérais, católicos, lo que perdeis perdiendo la gracia santificante, si supiérais que en su comparación es nada la pérdida del universo; si pensárais en que ésta es el precio de la sangre de Jesucristo y todo el fruto de los trabajos de que habeis sido testigos; si reflexionárais en que ésta es la dracma preciosa con que se compra la eternidad; si pudiérais comprender que perdeis lo mas que podeis perder, de lo que no os pueden recompensar todas las criaturas ni el mundo entero; que perdeis lo que no podeis recobrar por vosotros mismos, y lo que solamente puede restituiros Aquel á quien ofendeis; que perdeis lo que por toda la eternidad estarán deseando tantos réprobos, lo que será la felicidad de tantos justos en el cielo, lo que es negado á tantos pecadores en la tierra; si pudiérais comprenderlo, sin duda os animaria esta memoria á perseverar en el servicio de Dios, á donde os acaba de traer la gracia del sacramento. Ya habeis visto los motivos en la resurreccion de Jesucristo; veamos ahora los medios que nos proporciona el mismo misterio.

SEGUNDA PARTE.

Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no muere, dice el apóstol; la muerte no tiene ya dominio en él,¹ porque en su resurreccion se halla una renovacion entera y

¹ Rom. 6. v. 9.

perfecta. Al salir del sepulcro no tiene ya nada de terrestre y se sorbió á la muerte en su propia victoria.¹ Ved, pues, el modelo y el medio de nuestra perseverancia; ¿quereis no volver á caer, católicos? es necesario que se destruya cuanto habia en vosotros mortal y terreno, por decirlo así; que seais unos hombres renovados y celestiales: una pasion despreciada conserva todas las demás, una sola herida mal curada llama á sí los malos humores del cuerpo; por eso debe aumentarse vuestro cuidado y vigilancia, y como Jesucristo no contó por acabados sus trabajos ni asegurada su victoria hasta que absorvió enteramente en sí á la muerte, y la dejó sin armas ni aguijon, para hablar con el apóstol, mientras que os queden pasiones con quienes pelear, deseos que reprimir y virtudes que perfeccionar, debeis tener vuestra resurreccion por imperfecta, y adelantar siempre en la semejanza del hombre nuevo.

Con todo eso, el error comun mira al tiempo de la Pascua como un tiempo de diversion, de descanso, de libertad y de placeres; pero vuelvo á decir, si quereis conservar la gracia de la resurreccion, debe ser para vosotros un tiempo de renovacion y de fervor. Las razones son las siguientes, y me parecen dignas de vuestra atencion.

En primer lugar. Es evidente, ojalá no lo fuera, que la mayor parte de los fieles creen tener derecho de descansar y de tener menos cuidado con su salud eterna cuando ya han llegado al fin de esta carrera de penitencia; que fundan el privilegio de la resurreccion en unas costumbres mas suaves, en un uso mas libre de los deleites, de la mesa, del juego, de los espectáculos, y en ser mucho menos frecuentes las oraciones públicas y las demás obligaciones de la

¹ 1 Cor. 15. v. 5.